

REVISTA DE EL COLEGIO DE SAN LUIS

ISSN: 2007-8846 • <http://revista.colsan.edu.mx>
Enero a diciembre de 2025 • Año 15 • Número 26 • pp. 1-34
e1664 • <https://doi.org/10.21696/rcsl152620251664>
Sección Artículos

Bases teóricas de la historia aplicada

Theoretical Foundations of Applied History

Gerardo Morales-Jasso

Instituto Potosino de Investigación Científica y Tecnológica, División de Ciencias Ambientales
gerardosansa@gmail.com  <http://orcid.org/0000-0003-2328-1143>

Graciela Velázquez Delgado

Universidad de Guanajuato, Departamento de Historia
gracevd@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0001-7997-8658>

Diego Marcel Benítez Ramírez

Secretaría de Educación de Guanajuato, Dirección para la Atención y Operación de
Instituciones de Educación Media Superior
perseovencido@gmail.com  <https://orcid.org/0000-0001-5503-7271>

Recibido: 18 de julio de 2024. **Aceptado:** 28 de enero de 2025.

Esta obra se encuentra publicada bajo la Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
Atribución -Reconocimiento-NoComercial-SinDerivados
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>



RESUMEN

El objetivo de este artículo es superar la dicotomía entre la historia erudita y una historia útil, así como proponer las bases teóricas para la historia aplicada. En cuanto a la metodología, se adopta un enfoque desde la teoría de la historia, la filosofía y la sociología de la ciencia. Esto permite la construcción de un marco teórico para ejemplificar su aplicación en diferentes ámbitos de los estudios históricos. Como resultado, se muestra un panorama de la aplicación histórica en campos como la historia de la ciencia, la historia ambiental, la historia de la paz, entre otros. Una de las limitaciones de este trabajo es la falta de un análisis historiográfico sobre la historia aplicada. La originalidad del artículo radica en la propuesta frente a la historia aplicada estadounidense, en la que se prioriza la aplicación de la misma en los ámbitos de la economía, la política y en los clientes de la historia. Con esto, se proponen elementos para el desarrollo de la historia aplicada y esta se caracteriza en contraste con la historia pública.

Palabras clave: filosofía de la ciencia, teoría de la historia, formas de hacer historia, historia para la paz, historia pública.

ABSTRACT

The aim of this article is to overcome the dichotomy between scholarly history and useful history and to propose the theoretical foundations for applied history. Methodologically, it adopts an approach grounded in the theory of history, philosophy and sociology of science. This allows the construction of a theoretical framework to exemplify its application in different areas of historical studies. As a result, the article offers an overview of how history can be applied in fields such as the history of science, environmental history, and peace history, among others. One limitation of this work is the lack of a historiographic analysis of applied history. The originality of this text lies in its proposal in contrast to American applied history, which has traditionally prioritized the application of history in the fields of economics and politics and the service of clients. In this context, the article proposes elements for the development of applied history and characterizes it in contrast to public history.

Keywords: Philosophy of Science, Theory of History, Way of Doing History, History for Peace, Public History.

Introducción

Las discusiones sobre el para qué de la historia son abundantes; se pueden advertir en textos clásicos de historiadores que han tratado de dar una respuesta a dicha pregunta en libros y capítulos (Pereyra, 2005; Córdova, 2005; Bonfil, 2005; Florescano, 2005; Gilly, 2005; Monsiváis, 2005), tal como lo hizo Marc Bloch en su célebre *Apología para la historia* al preguntarle a su padre por esta utilidad. En textos contemporáneos también se ha buscado abordar esta cuestión (Arroyo, 2023; González, 2023; Vásquez, 2023; Imaz, 2023; Chinchilla, 2023). En general, existe una “distancia entre el discurso historiográfico dominante, en su enfoque y en sus contenidos convencionales, y las demandas sociales de conocimiento y de experiencias útiles” (González

de Molina, 2023, p. 31). De allí que aún haya la necesidad de repensar el para qué de la historia. Algo que sintetiza el sintagma "historia aplicada".

Su aplicación ha llevado también al desarrollo de iniciativas institucionales como la Maestría en Historia Aplicada de la Universidad Nacional de Costa Rica y el Doctorado en Historia Aplicada del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE). Estos programas ofrecen un entrecruce entre la historia y la aplicación que puede tener en diversos ámbitos del conocimiento y de la vida.

Sin embargo, siguen siendo pocas las propuestas sobre su utilidad y aplicación. Una de las razones de esta escasez es que la teoría de la historia y la práctica historiográfica están disociadas (Pappe y Luna, 2001) y, por lo tanto, es necesario generar y sistematizar las bases teóricas de la historia aplicada y, así, fortalecer su práctica. Por estas razones, el objetivo de este artículo es mostrar que la historia es una disciplina que tiene múltiples utilidades, lo cual se fundamenta en la filosofía de la ciencia, la teoría de la historia y la sociología de la ciencia, así como ofrecer una base para la comprensión "terminológica" de la historia aplicada desde la historia profesional (Picado, 2013, p. 206), es decir, sistematizar la base para usar con propiedad el sintagma historia aplicada.

Metodología

Para llevar a cabo una discusión, en primer lugar, se acude a la filosofía de la ciencia, a fin de responder preguntas como ¿qué es una ciencia aplicada?, ¿qué la distingue de la tecnología?, ¿qué son las tecnologías sociales? En segundo lugar, apelaremos a la sociología de la ciencia para examinar la cuestión del poder ligada a lo académico y la aplicación de la ciencia. En un tercer momento, se acude a la teoría de la historia con objeto de plantear ¿para qué nos sirve el conocimiento histórico?, ¿se puede aplicar la historia? y si es así, ¿cómo puede aplicarse? y ¿cuáles son sus bases? Por último, se presentan ejemplos con el fin de facilitar el sentido de historia aplicada.

Aportes desde la filosofía de la ciencia a una teoría de la historia aplicada

Todo conocimiento "es potencialmente aplicable según se quiera ver" (Picado, 2013, p. 204). Así que toda ciencia puede desarrollarse como una investigación pura (guiada por la curiosidad como investigación desinteresada), una investigación básica (aún sin aplicación, pero que se pretende que la tenga) o como una investigación aplicada. Las investigaciones básica y aplicada suponen intereses y aspiraciones de quienes las realizan (Cuevas, 2004; Walsh, 1990). Para Wouter de Groot (1992), ciencia pura, básica y aplicada son categorías de análisis que describen más o menos las

complejas realidades (Feyerabend, 2007, p. 301) de los sistemas sociales científicos y tecnológicos (Olivé, 2007), aunque en la realidad haya investigaciones que las desbordan.

Muchos académicos aún se oponen a que los científicos se comprometan con causas o generen investigaciones aplicadas, pues consideran que esto es evidencia de parcialidad, preconcepciones y actitud tendenciosa (Soulé y Press, 1998, p. 402). Pero la ciencia como actividad humana no es desinteresada, de manera que se puede identificar “la complejidad de los factores filosóficos e ideológicos que intervinieron en el surgimiento de las actitudes modernas” del científico y de la población en general (Bowler, 1998).

El para qué más importante de la ciencia pura es el conocimiento mismo, conocer por conocer. En este sentido, el matemático Godfrey Harold Hardy (1917) defendía la investigación de las matemáticas inútiles, mientras que despreciaba las matemáticas útiles. Posteriormente, las matemáticas que defendía como inútiles sirvieron para la encriptación de la comunicación electrónica. Lo que en una época es considerado inútil no carece de valor intrínseco, pues no hay razón epistémica para solicitar aplicación al conocimiento. Si se pide al científico aplicación es a través de valores técnicos (como la aplicabilidad, la eficacia, la utilidad y la funcionalidad), ecológicos (sostenibilidad, renovabilidad), sociales (cooperación, éxito, paz, seguridad), entre otros valores no epistémicos (claridad, coherencia, contrastabilidad, rigor, simplicidad) (Echeverría, 2003).

Sin importar la época, la ciencia no necesita de un para qué. El reconocimiento de la utilidad de la ciencia fue una cuestión que se hizo explícita con Francis Bacon y, más tarde, se fue desarrollando a lo largo del tiempo, cuando se enfatizó que las universidades, como unas de las principales productoras de conocimiento, debían ser directamente útiles a la sociedad, remarcando la aplicación del conocimiento generado por estas (De Groot, 1992). De modo que, en nuestra época, se pide cada vez más que el conocimiento sea útil, lo que para un sector supone el desliz semántico que sucedió a la palabra ‘innovación’, que se redujo a “todo cambio basado en conocimiento que genera riqueza” (Rendón *et al.*, 2015). Aunque la utilidad no debería suponer someterse a lo que requiere el capitalismo.

Ahora bien, no todas las ciencias aplicadas producen tecnologías. Las primeras se orientan a la resolución de problemas y las segundas están orientadas al diseño, es decir, las segundas, más que estar impulsadas por problemas, están fomentadas por oportunidades; a quienes las cultivan les interesa generar productos valiosos (De Groot, 1992). La tecnología es más que ciencia aplicada y no es solo alta tecnología. Así, mientras las ciencias buscan conocer, las tecnologías impactan en la realidad. Los físicos, por ejemplo, pueden investigar cómo funciona el tiempo o el universo, pero también pueden generar plantas de energía o armas de destrucción masiva. Algo similar pasa con los genetistas, ecólogos, químicos, sociólogos y economistas.

Tanto identificamos la tecnología con las ciencias naturales que pasamos por alto que su objetivo es modificar la realidad, por lo que, aunque no es común encontrar ejemplos de tecnologías sociales, estas también existen.

Son tecnologías sociales aquellas cuyo fin no es estudiar la realidad para su comprensión o explicación, sino la preservación o la modificación de un sistema social; ejemplos de estas son los dispositivos como la mercadotecnia, la administración, el derecho, la psicología clínica y el trabajo social (Morales-Jasso *et al.*, 2021). De modo que las relaciones entre la física, la cibernética y la informática son análogas a las que hay entre la sociología y la mercadotecnia, la antropología y la administración, o la historia y la museografía.

Filosofía y sociología de la ciencia aplicada a la historia

Algo que ha dificultado considerar la historia como aplicada tiene que ver con la discusión sobre si esta disciplina es parte de las humanidades o de las ciencias sociales (Morales-Jasso, 2015). La posición en este artículo es la identificación de esta con las ciencias sociales;¹ así que la teoría de la historia sería una filosofía especial ligada a la de la ciencia. Aunque se debe destacar que esta dualidad no es absoluta, pues el humanismo no es solo pertinente a las humanidades, y la ciencia ha sido, también, profundamente humanista (Arellano, 2024). En la modernidad temprana se discutió el problema del conocimiento y su utilidad a través de la premisa de mandar a la naturaleza obedeciéndola, y discusiones afines influyeron en el pensar, no solo de científicos. Así que el científico, lo sepa o no, también es atravesado por discusiones humanistas, lo que hace de él mismo un humanista. Hay humanismos que ven por la utilidad, el bienestar y la libertad humana, como también los hay que renuncian a toda búsqueda de utilidad y se ostentan como apolíticos (Ortega, 2004).

Influida por estos humanismos, la historia se ha supeditado a dos pretensiones: la cognitiva y la práctica. Por un lado, al historiador le interesa establecer lo que sucedió a través de la revisión de las evidencias o vestigios del pasado. Puede ser que a algunos historiadores esta parte les parezca la única importante y que, como indicó Pierre Chaunu, la única investigación histórica es la investigación fundamental o básica (Cauvin, 2018), con lo que rechazan vincular pasado y presente, ya no se diga aprovechar la historia para pensar el futuro (Domínguez, 2013). Otros buscan comprender el presente a la luz del pasado (Palacio, 2005) y les importa la pregunta sobre el para qué se hace historia.

¹ Para conocer una postura más amplia al respecto, véase Morales *et al.* (2024).

Ahora bien, lo anterior plantea que se piensa el conocimiento como inactivo, mientras que la práctica es activa. No es así, pues el conocimiento transforma mentes y, en este sentido, se podría considerar como una aplicación del conocimiento (De Groot, 1992). La historia como maestra de la vida se vincula a tareas moralizantes y generadoras de identidad, y también ha sido concebida como tribunal de justicia; cada una de estas tareas sería práctica. Pero también se ha investigado por curiosidad, que respondería a la pretensión cognitiva (Zermeño, 2023). A pesar de lo anterior, retomaremos la distinción ideal entre ciencia aplicada, ciencia básica y ciencia pura en la historia.

En ese sentido, la historia como ciencia pura buscará *acercarse* a lo que pasó en realidad sin algún interés práctico, y esta debe seguirse investigando. Así, la historia pura, que es curiosidad por conocer qué pasó (Zermeño, 2023), no requiere tener una finalidad práctica. Aun así, tradicionalmente, la historia profesional ha buscado dos fines: investigar, por un lado, y, por otro, desmantelar anacronismos, exageraciones, abusos y mitos de las historias nacionalistas. Con ello, se acepta que la historia tiene usos. Su uso conservador nos dice cómo debería funcionar la sociedad (Hobsbawm, 1998), mientras, al mostrarnos que “el mundo en que vivimos no requiere ser lo que de hecho es” (Duarte, 2009), realiza su fin liberador.²

Parafraseando a Marx (1976) en la XI tesis sobre Feuerbach, los historiadores se han dedicado mucho tiempo al estudio de la realidad, cuando también pueden transformarla. Por ello, la historia/ciencia básica se diferencia de la pura en que realiza una investigación que busca una potencial aplicación. Es decir, se espera que posteriores estudios o praxis puedan encontrarle utilidad a la investigación, con lo que se extendería la responsabilidad de los historiadores puros de permanecer al margen de las pasiones políticas e identitarias (Hobsbawm, 1998). Aunque es posible que, como Eric Hobsbawm ejemplifica, un historiador sea un historiador comprometido, militante y serio al mismo tiempo (Pozzi, 2007). Algo similar proponen Guldi y Armitage (2014), para quienes la historia no solo es una colección de narrativas o una fuente de afirmaciones sobre el presente, sino que es una herramienta que puede reformar y servir como un medio para formar futuros alternativos.

Como la historia se ha desarrollado principalmente como ciencia pura, hay un pendiente en la profesionalización de la historia: su aplicación profesional. Tal profesionalización va más allá de la idea de contribuir a “transformar el mundo leyendo textos” (Kozel, 2010, p. 79), más allá de la historia crítica, que es “historia teóricamente informada y teoría basada en historia” (Kleinberg *et al.*, 2018, p. 8), que niega el objetivismo y el cientificismo (se haya escrito como historia básica

2 Liberador en el sentido de la pedagogía crítica, que se opone a la educación bancaria, la cual es una tecnología social que reproduce a la sociedad. En cambio, la pedagogía crítica busca transformar la sociedad.

o como historia pura), y más allá de poner a dialogar el presente con el pasado, de modo que haya historiadores-ciudadanos e historiadores comprometidos (Matute, 1999; Salazar, 2022). A diferencia de la historia básica, la historia aplicada construye el futuro de modo consciente.

Además de investigar para conocer y aplicar, la historia puede incidir en las modificaciones que hacen las tecnologías sociales, o bien en contra de estas. ¿Es posible que la historia aplicada genere tecnologías? En primer lugar, puede aplicarse para el rescate de tecnologías antiguas, pero, además, puede coadyuvar al desarrollo de tecnologías sociales. Esto supone que la metodología de la historia aplicada tendrá sus diferencias con respecto de la historia académica que hace investigación pura o básica; tal como la ingeniería mecánica las tiene con la ciencia de la mecánica (física). Pero, hasta aquí llega la analogía, pues, a diferencia de la ingeniería, en historia no es posible aplicar una fórmula o fábula para obtener el resultado que había sucedido previamente (Corcuera, 2014).

Una de las propuestas para la historia aplicada surgió en la historiografía estadounidense, en el Carnegie Mellon y el Belfer Center de la Keneth School de Harvard (Allison y Ferguson, 2016). Esta estableció un marco para la resolución de problemas de índole política (Stearns y Tarr, 1981, p. 518) y en la cual prima una fuerte corriente sobre la historia útil para la toma de decisiones.

En síntesis, la historia aplicada deriva de la historia y puede desarrollarse con facilidad como tecnología social que sirva a lo hegemónico, o puede desarrollarse a contrapelo, como ciencia crítica. La metodología de la historia aplicada se alimentará de las metodologías de la historia y de las que sean pertinentes según el diseño de la aplicación. Así, para ser emancipadora, es recomendable la implementación de metodologías participativas y teorías críticas.

El que hace historia aplicada debe tener conocimiento de la historia, pero su tarea necesita de valores que no requiere el historiador profesional que investiga el pasado. Los filósofos han mostrado que en la ciencia hay valores epistémicos y no epistémicos, incluso en ciencia pura. Sin embargo, los valores no epistémicos aumentan en la ciencia aplicada y la tecnología (Piso y Pâslaru, 2021), por ejemplo, valores técnicos, sociales y ambientales (Echeverría, 2003).

A quien hace historia aplicada le interesa generar un cambio social o ambiental, ya sea en una escala micro o macro. Aunque un valor que no debe cambiar entre el historiador básico y el aplicado es el de la veracidad. El historiador que hace historia aplicada ha de tener en cuenta la exclamación de Enrique Rébsamen: "¡No falsifiquéis la historia ni con la mejor intención, ni siquiera por patriotismo!" (González y González, 1998, p. 21). A la historia aplicada le interesa tanto conocer hechos pasados como modificar hechos presentes para generar cambios, por lo que apela a la antropología, la pedagogía, las tecnologías de la información y la comunicación (TICS), entre otras.

No obstante, como otras ciencias aplicadas, aunque la historia aplicada siga los criterios epistémicos y gremiales de la historia, puede llegar a propiciar un abuso ético de la historia, por lo que ha de someterse a la vigilancia epistemológica. Así que la historia aplicada estaría bajo control de los profesionales de la historia y sería sancionada por ellos mismos. De esta forma, es más probable que se use en pro de la emancipación, para la educación ya no reproductora, sino transformadora, y por lo tanto, para el desarrollo del pensamiento crítico.

Tomando en cuenta que cualquier disciplina o ciencia contiene criterios epistémicos y no epistémicos con los cuales se desarrollan sus investigaciones, esgrimimos a continuación algunos planteamientos de orden sociológico sobre la ciencia de la historia y su aplicación.

Además, la jerarquización occidental entre ciencia pura, básica y aplicada ha variado a lo largo del tiempo según los cambios culturales. La objetividad y la neutralidad que se han postulado como características de la ciencia en el positivismo han sido discutidas desde diferentes posturas en la filosofía de la ciencia en la actualidad. La objetividad tiene sus propios problemas, pero sigue siendo un valor central para el desarrollo del conocimiento, aunque en algunos casos esté mediada por el escepticismo, el principio de indeterminación, las inconmensurabilidades, la complejidad, la teoría del caos, la intersubjetividad, el racionalismo y el instrumentalismo (Montanari, 2013; Ortiz, 2017).

Ahora bien, a través de los horizontes de discusión de Pierre Bourdieu y Michel Foucault, abordamos el concepto de poder y el de campo. A pesar del impacto del aforismo baconiano *scientia potentia est*, la cultura occidental ha opuesto el saber al poder (Lugo, 2002). En cambio, Foucault vincula el poder y el saber como *savoir-pouvoir*, pues el ejercicio del poder crea objetos de saber, y el saber conlleva intrínsecamente poder, con lo que liga el desarrollo de las ciencias sociales y médicas a dispositivos de control y de disciplina (Foucault, 1998; Moro, 2003); pues “la persecución del sujeto moderno a través de formas de conocimiento, así como de prácticas y discursos tiene que concentrarse forzosamente en lo que él llama saber-poder, una visión nietzscheana en la que toda voluntad de verdad es voluntad de poder” (Lugo, 2002, p. 23). Además, de que:

[...] no existe para Foucault un saber “universal”, “puro”, “neutro”, “desinteresado” y “libre” de exigencias económicas o ideológicas, como tampoco existe un saber totalmente determinado por el poder. El saber nunca se encuentra fuera del poder ni está completamente circunscrito por él, sino que, en realidad, constituye un campo de confrontación (Lugo, 2002, p. 23).

Si el poder, para Foucault, atraviesa los cuerpos, para Bourdieu, el poder se oculta, impone significados mediante violencia simbólica y oculta la dominación (Moreno, 2006). Pero, sobre todo, es

identificable en el ámbito científico a través del campo, que se refiere a la lucha por el monopolio de la autoridad científica, que es capacidad técnica y poder social. Supone interacciones, estrategias, intereses; de modo que los juicios de las capacidades de estudiantes o científicos están contaminados por el conocimiento de la posición en las jerarquías institucionalizadas, sean dominados o dominantes, de manera que unos generan estrategias de conservación y otros de subversión.

A su vez, Bourdieu visibiliza que en los científicos hay distintas motivaciones, no solo en las investigaciones aplicadas, sino también cuando, supuestamente, hacen una investigación de ciencia pura. Entre tales motivaciones, pueden estar la reputación, el prestigio, la autoridad y la competencia (Bourdieu, 2000). Knorr-Cetina (1996) añade a las anteriores el crédito y el reconocimiento, en una lucha por el capital simbólico; así que en el campo prevalece la lucha, no la solidaridad (Kreimer, 2023).

Foucault y Bourdieu muestran que las comunidades científicas son idealizaciones, pues una comunidad tiene lazos inmediatos; sus reglas son compartidas por todos sus miembros; su tendencia a estar integrada prevalece sobre los conflictos, y los objetivos generales se sitúan encima de los objetivos de sus miembros (Kreimer, 2023).

Tras los aportes de estos investigadores, Karin Knorr-Cetina mostraría que los científicos no son todo cooperación (comunidad) ni solo lucha (campo), pues sus actividades no pueden reducirse a una sola racionalidad. Por eso, propone el sintagma arenas transepistémicas. Estas involucran a científicos, administradores, editores, financiadores, empresarios, técnicos, medios de comunicación, grupos de la sociedad civil; y entre sus relaciones de recursos se dan diversas negociaciones, en las que oscilan el conflicto y la cooperación, los intereses en común y la diferencia de estos (Kreimer, 2023; Knorr-Cetina, 1996).

Así, aun si podemos identificar investigaciones con la ciencia pura, sin comprometerse de forma explícita con causas o búsqueda de aplicaciones, estas investigaciones están atravesadas por lo que plantean Foucault, Bourdieu y Knorr-Cetina. Es en este sentido como retomamos la afirmación de Wilson Picado (2013, p. 206) de que el historiador se mueve en "dinámicas de poder", salga o no del campo académico. Por lo tanto, en la academia, la búsqueda de la neutralidad supone favorecer al poder, a un estado de cosas particular, a las ideas y grupos hegemónicos; así que supone reproducirlo, consciente o inconscientemente.

Esto sucede, por ejemplo, cuando se busca que la escuela no sea un lugar para politizar, pues si la escuela es apolítica también es acrítica, y los estudiantes crecerán sin bases sólidas para entender de política y se dejarán llevar con facilidad por los discursos hegemónicos. Por ejemplo, en Brasil, cuando la derecha buscó la *escola sem partido* se identificaron los pensamientos progresistas, críticos y de izquierda con adoctrinamiento, como si la derecha fuera poseedora

de un discurso neutral. Es por eso que, con más razón que en la historia pura y en la historia básica, en la historia aplicada es necesario tener en cuenta el poder y las implicaciones políticas de las transformaciones que se pretenden hacer. En especial, si en sí las investigaciones sociales ratifican la asimetría de las intervenciones, “uno sabe, el otro no” (Corona, 2012, pp. 92-93). Tomando esto en cuenta, proponemos a continuación la teoría de la historia aplicada.

Teoría de la historia aplicada

La historia profesional se desarrolló alejándose de las historias monumental y anticuaria (Nietzsche, 2000), entre las corrientes científicista y comprensiva y las corrientes crítica y judicial. González y Toledo (como se citó en Picado, 2013) sintetizan tres funciones que la sociedad le ha asignado a la historia: identitaria, cooperativa y orientativa.

Las dos primeras han permitido “insertar al individuo en una trayectoria intergeneracional”, brindándole un sentido de pertenencia a un entorno territorial, social y cultural, así como el reconocimiento de su participación en un Estado Nación, con instituciones y reglas de juego legitimadas. La tercera de las funciones ha sido la orientativa: la labor de orientación explicativa con respecto a los modos como se han organizado las sociedades durante la Modernidad y debido a la necesidad, según sea el caso, de transformar dichos modos mediante la ruptura —revolución—. En esta tercera forma, la Historia ha jugado un papel determinante como insumo para la argumentación y la legitimación moral e ideológica del cambio, es decir, de los paradigmas que han racionalizado la transformación. Estos autores sostienen que alrededor de esta tercera función, la Historia puede jugar un papel relevante en el presente y el futuro. [...] La Historia puede asumir un rol orientador con respecto al análisis, en la larga duración, de procesos globales como las variaciones climáticas, así como al abordaje sistémico de la sustentabilidad de sistemas socioprodutivos. [...] Las posibilidades de desarrollo de la Historia Aplicada en este contexto son múltiples (Picado, 2013, p. 219).

Tras los aportes de la escuela de los Annales, la pregunta para qué historiar perdió preponderancia con respecto de qué historiar. De modo que, ligadas a la anterior, ¿cómo historiar? y ¿por qué historiar? eclipsaron la pregunta ¿qué hacer con la información obtenida? Y, aunque la inteligibilidad del pasado está en función de un proyecto, se dejó de lado la propuesta de Ortega y Gasset de que “la historia no tiene otro origen que su preocupación por el futuro” (Salazar, 2022, p. 79).

Es decir, las preguntas qué es la historia, qué sucede en la historia, por qué la historia, por qué sucede así en la historia, cómo se dio la historia, dónde se ubica la historia en las áreas del conocimiento y cómo pasó lo que pasó tuvieron respuestas más directas. Mientras que el para qué de la historia se ha respondido, principalmente, de forma indirecta (Bonfil, 2005, p. 239).

Conocer historia es adquirir sabiduría de las experiencias pasadas, propias y ajenas, y en un mundo en el que se ignora el pasado, entorpeciendo y comprometiendo el conocimiento del presente y su acción, es fundamental conocer el pasado para actuar mejor en el presente (Salazar, 2022). En este sentido, Rüsen (2014) señala aspectos relevantes del aprendizaje histórico, pues este implica un crecimiento basado en la experiencia del pasado, aumenta la capacidad de hallar significado, e implica un incremento en la capacidad de orientación; es decir que con el uso del conocimiento histórico ordenado se vinculan las funciones prácticas derivadas de la experiencia histórica (2014, pp. 267-270).

Por su parte, Guldi y Armitage (2014) argumentan que la espada de la historia tiene dos filos: por un lado, uno realiza cortes que abren nuevas posibilidades en el futuro, y el otro filo corta a través del ruido, las contradicciones y las mentiras que abundan en el pasado. Decía Hobsbawm que:

[...] a los historiadores les corresponde conocer el pasado mejor que a otras personas y no serán buenos profesionales a menos que aprendan a identificar las semejanzas y las diferencias [entre las sociedades pasadas y las contemporáneas], con o sin ayuda de la teoría (Hobsbawm, 1998, p. 50).

A su vez, la historia puede ser usada para evitar que seamos prisioneros del presente; para hacernos conscientes de las tradiciones en las que vivimos inmersos (Hobsbawm, 2000) y de las ideologías que promueven la intolerancia, la discriminación, la xenofobia y la violencia.

Ahora bien, ¿la historia no puede aplicarse más allá de lo político o lo moral? (Chinchilla, 2023). Si “nada que tenga lugar históricamente (esto es, *nada*)”, entonces, todo lo que es, es histórico (Mayer, 1998, p. 67), al grado que se ha afirmado que “es el conocimiento social que mejor permite entender el funcionamiento de las sociedades” (Prats y Santacana, 2011, p. 31). Pero si solo tomamos en cuenta una dimensión y obviamos las demás, el estudio, por más objetivo que se haga, será parcial. Esto significa que tener conocimiento histórico sirve potencialmente para lo económico, lo científico, lo ambiental, etcétera.

A la historia académica se le ha demandado por años que tome en cuenta el impacto y la pertinencia sociales del conocimiento que produce o rescata. A principios del siglo XX se fundó, en 1904, la Conference State of Local History, que fue uno de los primeros antecedentes de la American Historical Association para el apoyo a los historiadores que trabajaban en la administración pública (Rousso, 1984, p. 108). Más tarde, en 1909, Benjamin Schambaugh llamó historia aplicada a “hacer relevante la historia para el presente” (Cauvin, 2018, pp. 6, 7). Se le ha pedido que no genere un conocimiento elitista, producido por historiadores encerrados en sus

intereses, aislados de las necesidades de la sociedad en la que viven, en una torre de marfil casi hermética; por lo que la historia aplicada debe trascender los espacios universitarios y buscar una objetivación de la práctica. La historia aplicada no se opone a la académica, sino que le es pertinente, pues le añade la praxis de la que carece esta (Picado, 2013).

Así que el primer obstáculo para aplicar la historia es “la hiperespecialización y guetización de los distintos campos”, lo cual “no favorece el diálogo” (Tenorio, 1998, p. 40) entre historiadores ni entre ellos y académicos de otras disciplinas. Un aspecto más que considerar es la falta de una perspectiva a largo plazo, en función de exigencias de resultados inmediatos. En este contexto, la historia se ha visto obligada a realizar estudios de corta duración, cuando está capacitada para desarrollar estudios de larga duración (Guldi y Armitage, 2014).

Para afrontar la compleja realidad, los historiadores deben “informarse sobre los instrumentos metodológicos y las grandes líneas teóricas de disciplinas como la sociología, la antropología, la ciencia política o la economía” (Cerutti, 1995, pp. 83, 84). Además, el que los historiadores salgan del espacio académico supone, como mínimo, apelar a marcos teóricos ya existentes y adoptarlos o reflexionarlos y crear unos nuevos en los que el historiador piense su papel fuera de lo académico en una oposición vertical-horizontal e imposición-cooperación. Esto puede lograrse a través de modelos con puntos en común, pero con diferencias como el *scholarship with commitment* (Bourdieu, 2000; Bourdieu, 2002; Gallegos, 2018; Chomsky, 2000; Said, 2000); el diálogo de saberes (Merçon *et al.*, 2014; Bernal, 2014; Núñez *et al.*, 2017; Neira *et al.*, 2017; Mejía, 2015; Ghiso, 2000; Leff, 2004); transcencia (Weinberg, 1972; García, 2014; Krakauer, 2011); la ciencia postacadémica (Jiménez-Buedo y Ramos, 2009); la ciencia posnormal (Funtowicz y Ravetz, 2000; Ayestarán y Funtowicz, 2010); la ciencia ciudadana (Finquelievich y Fischmaller, 2014; Eitzel *et al.*, 2017; Blasco *et al.*, 2021); la ciencia pública (Criado-Boado, 2018); la ciencia abierta (Blasco *et al.*, 2021; Anglada y Abadal, 2018; Galbán Rodríguez, 2013), y el modelo de la incidencia social (Méndez y Mendoza, 2021; Luna-Nemesio, 2023; Vidal, 2019).

La complejidad es una limitante a la posibilidad de aplicar la historia, pues “si hay algo que los historiadores sabemos muy bien es que no se pueden introducir todas las variables en un modelo y que las cosas que se han dejado fuera no son nunca idénticas” (Hobsbawm, 1998, p. 50). En la historia, no contamos con laboratorios que puedan reproducir variables, de manera que las “preguntas más concretas y definidas de modo más restringido tienen sentido sólo dentro de este contexto” (1998, p. 56). La historia no persigue predecir el futuro; aun así, la historia aplicada requiere de una dimensión prospectiva que sea capaz de interpretar estudios estadísticos longitudinales, e incluso generarlos, pero no para sumarse a las intenciones simplistas de los tecnócratas para modificar el futuro, sino para ofrecer alternativas complejas y más adecuadas, que subrayen “la idea

de que el conocimiento histórico debe ser socialmente pertinente" (Picado, 2013, p. 206), y que genere perspectivas que muestren:

[...] las pautas y mecanismos del cambio histórico en general, y más concretamente los relativos a las transformaciones sufridas por las sociedades humanas durante los últimos siglos en los que los cambios se han generalizado y han aumentado de una manera espectacular. Esto, más que cualquier posible predicción o esperanza, es lo que tiene una relación más directa con la sociedad contemporánea y su porvenir (Hobsbawm, 1998, p. 45).

La historia no solo sirve para comprender/explicar el pasado; es práctica al develar quiénes somos y confrontarnos con el pasado (Salazar, 2022; Walsh, 1990); también puede darnos información "sobre la sociedad contemporánea" (Hobsbawm, 1998, p. 38) e incidir en el presente; incluso tiene el potencial de informarnos "sobre lo que carece de precedentes" (1998, p. 44) e incidir en el futuro. Por eso, en la historia aplicada, se debe conocer no solo el pasado, sino también el presente que se desea impactar (Picado, 2013). Aun así, los historiadores suelen decir que no son buenos lectores del futuro. Aferrados a la ironía y acostumbrados a las preguntas de tan drástica y engañosa afirmación, aportan pruebas y argumentaciones que, vistas en conjunto, tienden a resaltar las limitaciones de los discípulos de Clío para entender su presente en una perspectiva de futuro (Picado, 2010, p. 26).

Así que, si bien la historia no cuenta con una fórmula que haga posible "averiguar cuáles serán las consecuencias exactas" de algún cambio "ni posibles soluciones para los problemas que probablemente creará o que tal vez haya creado ya", lo que puede es "señalar una dimensión del problema que tiene carácter urgente". Hobsbawm (1998, p. 47) propone que concretamente esta es "la de la necesidad de la redistribución social". Así que es posible y necesario que la historia participe de la previsión del futuro (1998, pp. 53, 54) mediante "proporcionar la estructura y la textura generales" que se podrían aplicar al futuro cuestionado (1998, p. 57). Por lo tanto:

[...] los historiadores pueden identificar diferentes ciclos productivos o sociales en el pasado, ajustados a rigurosas periodizaciones, conforme su análisis se acerca al presente se dificulta la labor de reconocer si una determinada realidad es la fase culminante de un ciclo, su punto de auge o solo una breve escala en la larga duración (Picado, 2010, p. 26).

La historia puede aplicarse, incidir en el presente y en el futuro (Arroyo, 2023; Imaz, 2023), tener utilidad social (Picado, 2013, p. 26), pero todo dependerá "de las preguntas que se le hacen al pasado y/o al presente" (Matute, 1999, p. 78-79). De manera que generar modelos del pasado sin hacer interrogación alguna supone crear una respuesta sin pregunta —lo que llevaría a in-

vestigar sobre la elección de temas de investigación de los historiadores—. En este sentido, todo problema, psicológico, biológico, sociológico, económico, etcétera, puede “a la vez, arrojar luz sobre la Historia y ser esclarecido por ella” (Vilar, 1992, p. 31); pero esta posibilidad se volverá operativa al hacer las preguntas correctas. Estos postulados coinciden con la propuesta de Nietzsche (2000, p. 48) de que la historia no debe ser “ciencia pura”, sino una ciencia que genere actividades. Así, para que la historia sea aplicable, las investigaciones deben surgir de problemas sobre los cuales se pueda generar información pertinente para la actualidad o, ligados a la prospectiva, para el futuro.

Con la historia aplicada es posible hacer una historia que se practica ya no solo “por el puro prurito del dato, de la información, de la curiosidad y aun de la erudición”, sino “como una suerte de *observatorio* que nos aporte elementos, que nos dé herramientas metodológicas, para repensar nuestros *pasos*, para escudriñar a la distancia la manera en que hemos configurado nuestra realidad” (Aguirre, 2005, p. 173).

La historia aplicada permite repensar el papel de la historiografía tradicional y hacer la crítica de que esta no puede recluirse en el estudio del pasado, sino que ha de trascender la investigación por la investigación, estar alerta a los problemas del presente y buscar tener sentido y pertinencia en las sociedades contemporáneas, pues, de hecho, la historia contribuye a comprender quiénes somos y quiénes podemos ser (Salazar, 2022).

De esta manera, la historia aplicada supone que el historiador establezca una relación con los actores, de modo que de este dependerá la veracidad de la información provista, y de estos, la forma en que se apropien del conocimiento y lo apliquen. Por lo tanto, la historia aplicada podría generar no solo artículos para revistas académicas (sean disciplinarias o interdisciplinarias, y por disciplinarias no nos referimos solo a las revistas de historia), sino también informes a autoridades y organizaciones, talleres u otras actividades concretas con la sociedad, así como el establecimiento de redes con académicos, empresarios, gobierno, organizaciones y ciudadanía, e intercambios interdisciplinarios y transcientíficos que supongan el intercambio —valga la redundancia— y la adaptación de métodos e información (Picado, 2013, p. 220). Por lo tanto, la historia tiene múltiples utilidades. Según el problema que se plantee, es posible adelantar que esta disciplina puede ser aplicada a un amplio espectro temático y de problemas, por no decir que a todo.

Ahora bien, el sintagma historia aplicada ya existía antes de los setenta del siglo XX, pero fue en esa década cuando los estadounidenses implementaron uno nuevo con base en sus necesidades y contextos específicos: la historia pública. Esta denominación designa un movimiento y una etiqueta que tienen puntos en común con la que aquí llamamos historia aplicada, pero que también tiene diferencias con esta. De hecho, ha habido debates sobre su significado.

Cauvin (2018, p. 4) define la historia aplicada desde “tres énfasis: la comunicación de la historia a audiencias no académicas, una participación pública, y la aplicación de la metodología histórica a nuestros problemas del presente”. La historia pública es un modelo estadounidense y un sintagma acuñado por Robert Kelley en los setenta. Kelley la define como “el empleo de historiadores y del método histórico fuera de la academia” y el aula. Originalmente se relacionó con problemas de empleabilidad para los historiadores y Kelley destaca la administración gubernamental y los negocios corporativos como los dos principales ámbitos en los que puede desarrollarse el historiador público.

La historia pública se institucionalizó en los ochenta oponiéndose a la historia académica, que había ignorado al público. La mayoría de su desarrollo ha ocurrido en Estados Unidos (Cauvin, 2018, p. 5). Esta también designa aquellas representaciones del pasado que se elaboran fuera de la academia, pues están destinadas al público (Leal 2022) y al consumidor.

El historiador Benjamin Shambaugh fungió como uno de los principales promotores de la *New History*, es decir, de la historia alejada de aquella con enfoque político-militar. Este autor es uno de los referentes de la historia pública y la historia aplicada. Su propuesta tuvo como objetivo crear materiales de consulta para el Congreso local y la Sociedad de Archivos Históricos del Estado de Iowa. Desde este enfoque es posible definir dos usos del sintagma historia aplicada: la historia aplicada nombrada historia pública, entendida como lejana de academicismos, y una historia aplicada con enfoque de políticas públicas.

Benjamin Shambaugh reconoció el término *applied history*: “no sé si la frase ‘historia aplicada’ sea hasta ahora empleada por los estudiantes de historia o política. Pero creo que ha llegado el momento que pueda ser usada con propiedad y provecho” (1912, como se citó en Conard, 2002, p. 33). El uso de este término ha estado relacionado tradicionalmente a las áreas de la economía y de las políticas públicas. Por ello, desde un inicio Shambaugh señaló que el pasado debería ser fundamental para la elaboración de políticas, puesto que es “un vasto laboratorio social en el que diariamente se establecen y prueban experimentos en políticas y bienestar humano en una escala más elaborada” (1912, como se citó en Ridder, 2022).

En la corriente estadounidense, la división entre historia pública e historia aplicada es, a grandes rasgos: la aplicabilidad de la historia pública, que no es académica, reside en “aterrizar” el conocimiento histórico a un público no especializado. Por otro lado, la historia aplicada se centra en la resolución de problemas en las políticas públicas y en la iniciativa privada, como el *marketing* histórico y las agencias de historiadores que brindan asesorías a las empresas privadas o públicas.

Posteriormente, la historia pública se extendió por el mundo, no sin reticencias. Por ejemplo, los franceses no consideran cualidades propias el pragmatismo y la falta de desarrollo teórico estadounidense que caracterizan a la historia pública (Cauvin, 2018). Además, el sintagma his-

toria aplicada, en la historiografía francesa, solo es empleado en pocas ocasiones por la falta de contratos, como en la sociología o la economía, en las que son recurrentes los documentos vinculantes por grupos de diversa índole. En historia no hay —decía Rousso en 1984— consultorías de prestigio (p. 113).

Se puede sintetizar que la historia pública nace como una propuesta netamente disciplinaria y ligada a las humanidades, aislada de las discusiones de aplicación y utilidad de otras ciencias. Además, el sintagma historia pública carece de sentido para quienes no están iniciados en este (Christen y Mighetto, 2004). Por otro lado, los sintagmas ciencia pública e historia pública tienen similitudes, pero también diferencias, pues, entre otras cosas, la ciencia pública se comprende en oposición a la ciencia privada (Criado-Boado, 2018). Por lo tanto, no hay isomorfismo entre “ciencia pública” e “historia pública”, como sí lo hay entre ciencia aplicada e historia aplicada.

Así que, para favorecer la interdisciplina y resolver inconmensurabilidades, preferimos usar “historia aplicada” y comprender la historia pública como una forma específica de hacer historia aplicada (un subconjunto de esta), que requiere ubicarnos en los problemas del presente para desarrollar proyectos de investigación (Salazar, 2022), lo que amplía la concepción de la tradición estadounidense de historia aplicada. No obstante, no es difícil encontrar ejemplos, que mostraremos a continuación.

Ejemplos de historia aplicada

En este apartado se enuncian ejemplos de historia aplicada de diferente naturaleza, amplitud e impacto. Algunos de ellos hacen énfasis en que la transformación de la realidad es más evidente y en casos en que la aplicación es directa sobre otras disciplinas e indirecta sobre la realidad material. En todos los casos, es clara la búsqueda de lo beneficioso y lo útil (Ortega, 2004). Dicha diversidad se procuró teniendo en cuenta que, según su propio bagaje, a unos lectores le parecerán más evidentes unos ejemplos que otros. Tienen el fin no solo de plantear casos sugerentes, sino también de que encuentren ejemplos cercanos a sus conocimientos. A continuación, mostraremos algunos en los que la historia ha colaborado activamente en la detección o la solución de problemas en las ciencias.

1) Thomas Kuhn (2013) postula el giro historiográfico en la filosofía de la ciencia, que consiste en explicar la ciencia desde el contexto histórico de las teorías científicas. Así, encuentra en la historia un modelo para proponer la estructura de la ciencia como de revoluciones científicas.

2) Historiadores (y biólogos) han hecho estudios que permiten conocer cuáles plantas y animales son endémicos de América y cuáles de Asia, África y Europa (Moreno, 1995, p. 100), lo que ayuda

a generar restauración ecológica. Además, entre otros usos, la historia se ha empleado junto con la botánica para identificar la flora que forma parte del escudo nacional mexicano y sus transformaciones, tal como se hizo en un estudio cuyos autores se dieron cuenta de que el escudo contenía un error en la representación del laurel y que el encino no es el endémico, sino europeo (Aguilar *et al.*, 2004).

3) Según Rolando García (2011, p. 79), "los estudios históricos son una herramienta indispensable" en los análisis sistémicos. Por lo tanto, la investigación histórica sería fundamental en la búsqueda de soluciones de problemas de los estudios de sostenibilidad y de las ciencias ambientales. Así que, en particular, la historia ambiental sería necesaria para las ciencias ambientales. Esta última no solo tiene la posibilidad de generar información que sea de utilidad para otras ciencias ambientales, sino que, junto con las demás ciencias ambientales, busca producir información pertinente y tiene el objetivo de incidir en las diversas problemáticas ambientales, por ejemplo, generando gestión ambiental (Soulé y Press, 1998). Al respecto, Wendi Lisbet Domínguez describe una historia ambiental aplicada al turismo responsable y concluye que:

[...] la historia ambiental y el geoturismo son una herramienta binómica para valorar la riqueza histórica, cultural y ambiental del oasis [de Los Comondú, Baja California Sur], pero también lo son para mejorar [su] economía [...] y permitir la permanencia de sus habitantes en él, condición esta indispensable para mantener viva la cultura del oasis (2013, p. 88).

Incluso, podemos mencionar ejemplos de historia experimental sobre "la reposición de la fertilidad de la tierra en los sistemas agrarios antes de que aparecieran los abonos químicos de síntesis" y el estudio de "técnicas de reposición de la fertilidad utilizadas en la agricultura árida y semiárida española antes de la llegada de los fertilizantes químicos de síntesis" usados para crear "un modelo de balance de nutrientes especialmente ideado para su aplicación al pasado" (González, 2012, p. 110).

4) Respecto a la enseñanza-aprendizaje de las matemáticas, Carlos Dorce (2019) plantea que es necesario proporcionar un contexto adecuado para comprender la evolución de las matemáticas y concluye que enseñarlas integrando su historia conlleva una eficacia amplia del proceso enseñanza-aprendizaje. Básicamente, los mismos argumentos de Dorce (2019) aplican para la enseñanza de la biología, la física, la ecología, la geología, entre otras disciplinas en las que la historia puede coadyuvar a un mejor proceso de enseñanza-aprendizaje (Solbes y Traver, 1996; Santiago, 2020).

5) Otra área que destacar es el estudio del patrimonio. Todo estudio o declaración sobre patrimonio cultural (tangibles o intangibles) en el que están involucrados historiadores es historia aplicada. Es así porque el patrimonio es una valoración intersubjetiva sobre pasados y presentes

específicos en la que se distingue lo digno de ser preservado y lo que no es relevante para dicho fin. Se apoya, principalmente, en la historia anticuaria y la monumental. De modo que en una época las expresiones culturales de otra época pueden considerarse como grotescas y de poco valor, y en otra las mismas expresiones pueden ser significadas como de altísimo valor. Tal como pasó con el aborrecimiento del Barroco por los artistas del Neoclásico, mientras ahora, en general, se valora de manera positiva.

6) Los estudios de memoria que en Argentina buscan hacer efectivos los derechos a la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición de violaciones de los derechos humanos son otra forma de historia aplicada. Así, los estudios históricos aportan a los procesos de juicio de criminales de lesa humanidad. Estos estudios y sus productos, hasta cierto punto, son el inverso de los estudios de patrimonio, pues aquí lo importante es no olvidar lo que no queremos que se repita, denunciarlo y cambiar la realidad (Villa, 2023).

7) Se puede detectar otra aplicación de la historia en la crítica de los roles de género y la vestimenta. Se asume que los pantalones son masculinos y las faldas femeninas. No obstante, en distintas civilizaciones, los hombres llevaban falda, incluso ahora en Escocia la llevan. Los tacones también eran masculinos y ahora son femeninos. La historia enseña que la ropa no es natural o absolutamente masculina o femenina; lo es tradicionalmente (Sanders, 1997; Hobsbawm, 2000).

8) Crowcroft (2018) señala ejemplos para la política: Margaret Thatcher, ex primera ministra del Reino Unido, tuvo una reunión secreta con historiadores, en 1990, para discutir acerca de la unificación de Alemania y si existía la posibilidad de que el gobierno alemán usara su poder para dominar Europa. Otro uso aplicado de la historia, menciona Crowcroft, es el que le han dado las fuerzas armadas a la historia: el ejército estudia batallas y campañas para mejorar su desempeño en futuros conflictos. Un caso excepcional es la política exterior de Henry Kissinger, quien utilizó analogías históricas para que lo ayudaran en la administración de la diplomacia de Estados Unidos.

Además de los casos anteriores, ¿es posible encontrar otros? Mejor que eso, es posible inventarlos. A continuación, exponemos otros ejemplos más detallados porque son proyectos de investigación de autores o ejemplos diseñados *ex profeso* para propósitos pedagógicos.

9) En primer lugar, podemos recuperar la historia de la Capitanía de Guatemala y la posterior historia de los países que conforman Centroamérica. Esta ha sido leída desde los Estados que, con el tiempo, adoptaron ciertos usos públicos de la historia. La Unión Europea cambió la historia que enseñaba por una que destacaba Europa, y ya no solo la nación. Algo similar podría hacerse para proponer las similitudes que hay entre los países de Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica, propuesta que permitiría fomentar ya sea la unión de estos en un país

o bien una Unión Centroamericana. Las historias serían historia básica, mientras que la política, la cual haría frente con mayor éxito a la influencia estadounidense, sería historia aplicada (solo en tanto no haga abusos de la historia).

10) En segundo lugar, pensemos en una forma de hacer historia: la historia del deporte. Existe poco desarrollo de esta, por lo que tenemos escasa información. Por lo tanto, hay mucho que es posible investigar. Sin embargo, si partimos de la pregunta ¿para qué sirve hacer historia del deporte en un espacio determinado?, y luego concretamos las preguntas: (1) ¿por qué México fracasa o tiene éxito en x deporte?; (2) ¿cómo hacer que México tenga éxito en x deporte en el que generalmente no lo tiene?, llegaríamos a preguntas en las que la historia puede ser operativa para obtener una respuesta que podría servir a la Comisión Nacional del Deporte, a los institutos estatales del deporte, a distintas federaciones deportivas en el país, así como a deportistas y entrenadores.

Para responder la primera pregunta, es necesario hacer una historia política y económica de las instituciones responsables del deporte, en general, y del deporte x, en particular. Esto supone encontrar cuándo fue eficiente/ineficiente el uso de recursos, la historia de la inversión en infraestructura deportiva y en talento deportivo, responder cuáles son las redes involucradas y su transformación a través del tiempo, el análisis de la toma de decisiones sobre asuntos deportivos de parte de los gobiernos municipales, estatales y federales (política pública deportiva). Se requiere mostrar la evolución teórico-metodológica del conocimiento de los entrenadores, el desarrollo de la infraestructura y de su acceso a la población, el desarrollo de la psicología y la medicina deportivas y el acceso de los deportistas a estas.

Para responder la segunda pregunta, se requiere estudiar el acceso de la población al deporte (por sexo, edad, clase social, región), la perfilación de los deportistas que han tenido éxito en su especialidad, el estudio de las estrategias exitosas de otros países en x deporte, el estudio comparado de situaciones análogas a la mexicana, climática, genética, altitudinal y culturalmente, así como la comparación razonada entre los resultados de México en olimpiadas y en competencias paralímpicas. La totalidad de estas preguntas daría lugar a múltiples investigaciones que requerirían un equipo de trabajo para completar sus respuestas. Esto no solo brindaría información histórica, sino que también permitiría obtener información que diera lugar a mejores políticas públicas para el deporte y que coadyuvarían a la mejora de la labor de entrenadores y deportistas.

En los casos nueve y diez, vale la pena reiterar que no deberíamos ser ilusorios al mantener en aislamiento los sectores de la realidad, como si no fueran intrínsecamente interdependientes (Vilar, 1992, p. 48).

11) Otro ejemplo es el de la historia para la paz, ya que es un tema relevante para la sociedad actual en virtud del grave problema de violencia y violación sistemática de los derechos humanos.

Le Goff (2005, p. 237) propone “el progreso de los derechos humanos” como el mejor progreso por el cual luchar. Por ello, se puede destacar la importancia del historiador como mediador entre la sociedad civil y el Estado. En este campo sobresale el trabajo hecho por el Instituto para la Paz de la Universidad de Granada, en España, con reconocidos autores como Mario López y Diego Checa. En líneas generales, el conocimiento histórico puede ayudar a contribuir en la construcción de una ciudadanía comprometida y responsable. El papel de la enseñanza y comprensión de la historia es crucial para el desarrollo social y cultural de una sociedad.

En otro orden de ideas, en la pedagogía de la memoria, autores como Romero-Sierra y Muñoz-Barón (2019) cuestionan cómo abordar la enseñanza de la historia en un lugar que ha sufrido los embates de la violencia desde hace más de 50 años. Para ello, los autores proponen la enseñanza de la historia local, ya que esta conecta al educando en un contexto inmediato. Además, permite un aprendizaje significativo. En este sentido, la memoria cumple un papel fundamental para el logro de un aprendizaje enfocado en la paz.

En cada ejemplo de historia aplicada mencionado es posible diferenciar los componentes de historia pura o básica necesarios para aplicar la misma. Por lo tanto, la historia aplicada no es una nueva especialización historiográfica, sino la ampliación práctica de las posibilidades de la historia como disciplina.

Por su parte, los docentes de historia de los niveles educativos básico y medio superior repiten un modelo centrado en las figuras de militares y caudillos, dado que los modelos, planes y programas han estado centrados en la historia político-militar, sin vincularla a las necesidades reales de la sociedad. A los historiadores poco les ha preocupado esta situación, ya que se adentraron en los túneles de la hiperespecialización. En el mejor de los casos, señalan la importancia de un cambio de paradigma para la enseñanza de la historia, pero poco generan propuestas que permitan que la historia científica se traslade a la escuela, por encima de cualquier otra consideración educativa o política respecto al aprendizaje (Maestro, 2003; Salazar, 2022). En este contexto, es posible elaborar una historia no solo como vigía de la paz (Chinchilla, 2023), sino que también sirva para fomentar la paz.

Los ejemplos anteriores dejan ver que la historia aplicada aumenta la relevancia de la historia para el presente. Así que, aunque algunos se vinculan a la historia de tiempo presente y a la historia contemporánea, no se limitan a estas, sino que, en tanto que aplicación de la historia, hacen al conocimiento histórico (independientemente de la subdisciplina a la que se apele, de la escala espacial abordada y de la época sobre la que verse) relevante para el presente y base para la construcción del futuro (Picado, 2013). Asimismo, los ejemplos conectan la propuesta realizada desde la filosofía y la sociología de la ciencia con la teoría de la historia aplicada.

Discusión

La historia pura estudia el pasado, con independencia del valor que le da la sociedad desde el presente. Hay especialistas que pueden concluir, desde una tendencia comprensivista o científicista, que la historia no tiene utilidad y reducirla a ciencia pura. No obstante, la historia pura se debe seguir practicando, pues las ciencias tienen derecho a ser inútiles (Flexner, 2020). La historia no debe reducirse a historia pura.

Incluso los académicos que reducen esta a ciencia pura llegan a aceptar que la historia puede ser útil, pues, por ejemplo:

[...] aprender a "historiar" se puede convertir para el ser humano en una herramienta valiosa para discernir y para tomar decisiones. Conocer la historia devuelve una sensación reconfortante de pertenencia [...] con la cual es posible construir nuevas identidades. Mal conocer la propia historia puede impedir crecer, construir y ser (Gieseck, 1999, p. 314).

Además, si la historia pura supone, como se sigue de lo propuesto por Foucault y Bourdieu, dinámicas de poder, con más razón las suponen los contextos que exceden lo meramente académico, como son los casos de las arenas transepistémicas y de la historia aplicada. Por otro lado, aunque se puede aplicar la historia a los intereses de cada grupo o comunidad política, la historia aplicada no puede reducirse a la historia pública que se vende al mejor postor, según los dictados del poder o en el ámbito del mercado (Salazar, 2022).

Ahora bien, si ya hay quienes se dedican a la ciencia aplicada y a las tecnologías sociales, ¿para qué necesitan los historiadores expandir su profesión?, ¿para qué mostrar que la historiografía tiene un pendiente con la explicitación y la ampliación de la aplicación? El ciclo de la labor de los clonautas, por lo general, se ha reducido a la investigación, la enseñanza y la comunicación, pues la labor de los historiadores ha tenido poca aplicación directa; mientras otras disciplinas generan aplicación y, en algunos casos, tecnologías. Aunque Thomas S. Kuhn no dijo mucho sobre las ciencias sociales, cuando lo hizo "sostuvo que los científicos sociales, a diferencia de los científicos naturalistas, eligen un problema en virtud de la importancia social de su solución" (Santibáñez, 2008, p. 170).

Pero si se consultan los temas de tesis de pregrado o posgrado, de ayer y de hoy, de los departamentos de Sociología, Psicología, Antropología, Comunicación, Semiología, Etnología, Historia, etc., se verá que allí la variedad es lo que reina, que muy pocos de los investigadores sufren el apremio de escoger el tópico por una urgencia social. Incluso puede ser todo lo contrario, que el científico naturalista sienta el apremio por encontrar la nueva vacuna, el nuevo plan de evacuación frente a catástrofes, el diseño más óptimo de un puente, etc. Por otro lado, no es la academia la que mide el logro o el nivel de adecuación

de un estudio, sino que son las instancias de poder administrativas del Estado, los gobiernos y las empresas, controladas por los presupuestos anuales, por las prioridades ideológicas y electorales, por la oportunidad del mercado, también en los años de 1950, las que permiten aplicar una teoría o certificar los resultados. Son tantos los científicos sociales que se preocupan por problemas no prácticos, que parece inaudito sostener que ellos siempre viajan con el peso de la noche social (Santibáñez, 2008, p. 171).

Así que a los que conocen a la sociedad les interesa poco lo que necesita la misma. Mientras los que conocen menos a la sociedad, ingenieros, científicos experimentales y tecnólogos sociales, están más interesados por lo que consideran que esta necesita.

Sin embargo, una ventaja del historiador sobre otros científicos aplicados o tecnólogos sociales es que está formado para desconfiar de las ondas, "bucear debajo de ellas" (Burke, 1999, p. 40). Los historiadores pueden situar el presente en una perspectiva más amplia (Gaddis, 2006), pues ven más allá de la temporalidad corta y ponen el acento en la historicidad y en la conciencia histórica (Ortega, 2004, p. 219), que son el punto ciego de las ciencias que no son históricas. Así que el valor de la utilidad debe ser proclamado por el historiador, pero de modo crítico y con cuidado, de manera que la historia incida éticamente en la realidad, a favor de la sociedad, y no, como algunas tecnologías sociales contemporáneas, a favor del capital y el poder. Entonces, afirmar que existe tal pendiente no supone una de las tantas refundaciones de la historia, pues no proponemos que esta debe reducirse a historia aplicada. En cambio, planteamos que esta última se beneficiará de unas sólidas bases teóricas sobre ella.

Ahora bien, ¿cuáles son sus límites? Por ejemplo, ¿hacer historia aplicada serviría de evidencia para teorías sociales? Es posible que esta pueda contribuir a la comprensión de la realidad, pero, debido a las variables que supone, no sería adecuado tomarla como base para explicar algo si no está hecha ex profeso para mostrar correlaciones o probar hipótesis. Aunque esto supondría problemas éticos que añadir a la historia aplicada ya presentada, pues puede suceder como con los experimentos de la Revolución Verde que tuvieron éxito, pero que, aun así, su reproducción en otras condiciones fue un fracaso (Bird, 1987).

Desde la historia aplicada, habría que reconocer que la historia no debe ser una carga, sino un medio de liberación (Nietzsche, 2000). Dijo Nietzsche: "necesitamos la historia para la vida y la acción, no para apartarnos cómodamente de la vida y la acción" (2000, p. 32). Para él, la historia tendría el sentido de "actuar de una manera intempestiva, es decir, contra el tiempo y, por lo tanto, sobre el tiempo y [...] en favor de un tiempo venidero" (2000, p. 34). Si así fuera, la historia pensada, como lo hace Le Goff, como "la ciencia del cambio" (como se citó en Ortega, 2004, p. 189) no lo sería solo por estudiar el cambio, sino por provocarlo.

No obstante, fomentar la historia aplicada requerirá múltiples reflexiones. Para ello, es posible aprender de los posgrados de la Universidad Nacional de Costa Rica (Picado, 2013) y del Centro de Investigación y Docencia Económicas, así como los de Carnegie Mellon y la Keneth School de Harvard, de sus procesos, sus productos, las soluciones a los problemas que han afrontado y, así, no solo mejorarlos, sino también generar más casos de éxito de historia aplicada. Esto requiere hacerse reflexivamente, con ayuda de la teoría de la historia y de posteriores estudios de la historiografía crítica, pues mostrar que la historia sirve virtualmente para todo supone buscar ejemplos que lo prueben.

Conclusiones

Historia pura, básica y aplicada se pueden diferenciar como tipos ideales, pero tienen una relación compleja e interconectada (Chinchilla y Valero, 2023). Además, la historia no puede reducirse a estudio del pasado, sino que debe tomar en cuenta la posibilidad de actuar en un presente problematizado desde el pasado, a partir de una sospecha y una problematización sobre el presente, en el que se busca en el pasado las causas de los problemas que nos aquejan y que develan los engaños del presente. Esto permite generar representaciones de futuro basadas en una mejor comprensión del pasado y del presente, y concluir que el trabajo del historiador no termina con la investigación del pasado, sino que ha de dar cuenta de sus hallazgos en el presente ante la sociedad, y no solo ante el gremio, sin dejar a otros la aplicación de sus descubrimientos (Salazar, 2022).

Entre los historiadores, hay quienes crean modelos para conocer la realidad, quienes los usan y quienes buscan mejorarlos. No podemos prescindir de uno de estos tipos de historiador. Necesitamos tanto a creadores como a experimentadores, investigadores, aplicadores y tecnólogos (Hart, 1982).

El sintagma historia aplicada reitera lo que se le ha demandado a la historia académica por años: ser directamente útil para la sociedad, reinventarse como “una práctica transformadora” (Ortega, 2004, p. 346) y que incida en el mundo real. Para ello, es necesario tomar en cuenta en todo momento el impacto y la pertinencia social del conocimiento histórico, pues “el discurso histórico dominante sólo sirve para legitimar una sociedad en crisis, retardando la conciencia de cambio” (González de Molina, 2023, p. 31). Esto no significa dejar de promover la investigación histórica, pero la disciplina ha abusado de la investigación pura dejando de lado la responsabilidad social y la historia como ciencia aplicada. Así, habría que reflexionar “si la historia no sirve

para entender los problemas del presente, ¿para qué les puede servir a nuestros estudiantes?" (Fontana, como se citó en Salazar, 2022, p. 259) y a la sociedad en general.

Entonces, la respuesta más amplia a "Historia ¿para qué?" sería para lo que sea (aunque en el marco de la profesionalidad, la ética y la incidencia), pues todo conocimiento es histórico. En particular, la historia aplicada muestra no solo que la historia tiene múltiples utilidades, sino que todo lo que sirve para algo es histórico.

Conceptualizar la historia aplicada desde la filosofía y la sociología de la ciencia como ciencia aplicada la dota de un sentido más amplio que las tradiciones estadounidenses de historia aplicada y de historia pública que aprende de la ciencia aplicada y la ciencia pública, no desde una visión prescriptiva formulada por los autores de este texto, sino como una conclusión lógica a la que se llega desde una ampliación interdisciplinaria, ligada a la filosofía y la sociología de la ciencia, precisamente.

También, quien haga historia aplicada ha de decidir si la hará contrahegemónicamente o del lado del poder. Hay que tomar en cuenta que la historia aplicada no tiene por qué servir a la racionalidad instrumental y a la tecnocracia (Escobar, 2018), sino que puede servir a la sociedad, ser crítica, narrativa, interesante para el mayor público amplio e "inseparable de la noción de un bien común" en busca de una sociedad diferente a la existente actualmente (Zarrilli, 2023, p. 58). En un mundo que prioriza la aplicación sobre la razón, la historia aplicada puede poner límites a las iniciativas tecnocráticas ahistóricas y confirma que la historia puede tener preocupación por el presente, el pasado y el futuro, renovar la conexión entre el pasado y el futuro y usar el pasado para pensar de manera crítica acerca del futuro (Guldi y Armitage, 2014).

En un contexto en el que hay un apogeo del discurso de crisis de las humanidades y las ciencias sociales (Morales-Jasso *et al.*, 2023), la historia aplicada es ideal para conectar al historiador con la sociedad de la que forma parte. La historia puede servir para un sinnúmero de cosas, pero es fundamental hacerle las preguntas correctas; sin ellas podríamos llegar a la idea errónea de que la historia no tiene utilidad. A partir de esto, en virtud de la desconexión entre teoría de la historia y su práctica, seguiría conectar la teoría aquí sistematizada con la aplicación de la historia (Zarrilli, 2023).

Agradecimientos

Agradecemos el diálogo propiciado por los integrantes del Seminario Interdisciplinario de Historia Aplicada de la Universidad de Guanajuato.

Referencias

- Aguilar, María de Lourdes; Pérez, Carmen de la Paz y Pérez, Socorro de la Paz. (2004). La flora del escudo nacional mexicano. *Polibotánica*, 9(18), 53-73. <https://polibotanica.mx/index.php/polibotanica/article/view/716>
- Aguirre, Carlos Antonio. (2005). *Antimanual del mal historiador. O ¿cómo hacer hoy una buena historia crítica?* Contrahistorias, La Otra Mirada de Clío.
- Allison, Graham y Ferguson, Niall. (octubre de 2016). *Applied History Manifesto*. Belfer Center for Science and International Affairs. <https://www.belfercenter.org/publication/applied-history-manifesto>
- Anglada, Lluís y Abadal, Ernest. (2018). ¿Qué es la ciencia abierta? *Anuario ThinkEPI*, 12, 292-298. <https://doi.org/10.3145/thinkepi.2018.43>
- Arellano, Antonio. (2024). *Mundo de la vida y vida de laboratorio. Escenarización para estudiar la elaboración del conocimiento en escala antrópica*. Universidad Autónoma del Estado de México.
- Arroyo, Tania. (2023). Una necesaria recuperación de la función social de la historia. En Veremundo Carrillo, Víctor Iván Gutiérrez y Miguel Ángel Ramírez (coords.), *Historia ¿para quién?* (pp. 11-22). Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Ayestarán, Ignacio y Funtowicz, Silvio O. (2010). Ciencia postnormal, problemas ambientales complejos y modelos de información. *Ludus Vitalis*, 18(33), 25-48. <http://www.ludus-vitalis.org/ojs/index.php/ludus/article/view/177>
- Blasco, José Luis; Tirado, Francisco y Rovira, Joan. (2021). Ciencia ciudadana y nuevas relaciones de poder y control. *Nómadas*, (55), 95-109. <https://doi.org/10.30578/nomadas.n55a6>
- Bernal, Fabiola. (2014). *Diálogo de saberes. Los aportes de la otredad en la generación de conocimiento. Diálogo de Simón Rodríguez y Humberto Maturana* [Tesis Doctoral, Universidad de La Salle]. Universidad de La Salle. <https://abacoenred.org/wp-content/uploads/2016/01/Di%C3%A1logo-de-saberes.pdf>
- Bird, Elizabeth Ann R. (1987). The Social Construction of Nature: Theoretical Approaches to the History of Environmental Problems. *Environmental Review*, 11(4), 255-264. <https://doi.org/10.2307/3984134>
- Bonfil, Guillermo. (2005). Historias que no son todavía historia. En Carlos Pereyra, Luis Villoro, Luis González, José Joaquín Blanco, Enrique Florescano, Arnaldo Córdova, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Adolfo Gilly y Guillermo Bonfil Batalla, *Historia ¿para qué?* (pp. 227-245). Siglo XXI Editores.
- Bourdieu, Pierre. (2002). Pour un savoir engagé. *Le monde diplomatique*. <http://www.monde-diplomatique.fr/2002/02/BOURDIEU/16120>

- Bourdieu, Pierre. (2000). *Los usos sociales de la ciencia*. Nueva Visión.
- Bowler, Peter J. (1998). *Historia Fontana de las ciencias ambientales*. Fondo de Cultura Económica.
- Burke, Peter (1999). *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989* (3a edición). Gedisa Editorial.
- Cauvin, Thomas. (2018). The Rise of Public History: An International Perspective. *Historia Crítica*, 1(68), 3-26. <https://doi.org/10.7440/histcrit68.2018.01>
- Cerutti, Mario. (1995). La historia, la economía y la historia económica. En José Antonio Bátiz, Carmen Blázquez, Johana Broda, Gerardo Bustos, Mario Cerutti, Graciela de Garay, María del Refugio González, Roberto Moreno, Norma Mereles, Isabel Monroy, José María Muriá, Inocencio Noyola, Ricardo Pozas, Cecilia Andrea Rabell, Aurelio de los Reyes, Ruggiero Romano, Carmen Vázquez y Carmen Yuste, *Reflexiones sobre el oficio del historiador* (pp. 81-98). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Chinchilla, Perla. (2023). La historia práctica: una propuesta. *Historia y Grafía*, (60), 35-71. <https://doi.org/10.48102/hyg.vi60.437>
- Chinchilla, Perla y Valero, Aurelia. (2023). Preliminares. *Historia y Grafía*, (60), 15-20. <https://doi.org/10.48102/hyg.vi60.484>
- Chomsky, Noam. (2000). Paths Taken, Tasks Ahead. *Profession*, 32-39. <http://www.jstor.org/stable/25595700>
- Christen, Catherine y Mighetto, Lisa. (2004). Introduction: Environmental History as Public History. *The Public Historian*, 26(1), 9-20. <https://doi.org/10.1525/tph.2004.26.1.9>
- Conard, Rebecca. (2002). *Benjamin Shambaugh and the Intellectual Foundations of Public History*. University of Iowa Press.
- Corcuera, Sonia. (2014). *Voces y silencios en la historia: siglos XIX y XX*. Fondo de Cultura Económica.
- Córdova, Arnaldo. (2005). La historia, maestra de la política. En Carlos Pereyra, Luis Villoro, Luis González, José Joaquín Blanco, Enrique Florescano, Arnaldo Córdova, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Adolfo Gilly y Guillermo Bonfil Batalla, *Historia ¿para qué?* (pp. 129-144). Siglo XXI Editores.
- Corona, Sarah. (2012). Notas para construir metodologías horizontales. En Sarah Corona y Olaf Kaltmeier (coords.), *En diálogo. Metodologías horizontales en Ciencias Sociales y Culturales* (pp. 85-109). Editorial Gedisa.
- Criado-Boado, Felipe. (2018). Ciencia pública y patrimonio: más allá de la ciencia normal y de la ciencia comunitaria. *Revista PH*, (95), 102-117. <https://digital.csic.es/handle/10261/179383>
- Crowcroft, Robert. (2018). A Tiger in the Grass: The Case for Applied History. *History Today*, 68(9), 36-41. <https://www.historytoday.com/archive/feature/case-applied-history>

- Cuevas, Ana. (2004). La epistemología y el conocimiento útil. *Ciencia y Sociedad*, 29(3), 329-365. <https://doi.org/10.22206/cys.2004.v29i3.pp329-365>
- De Groot, Wouter T. (1992). *Environmental Science Theory: Concepts and Methods in a One-Word, Problem-Oriented Paradigm*. Elsevier Science Publishers B. V.
- De Ridder, Bram. (2022). "And what Do You Do, Exactly?" Comparing Contemporary Definitions and Practices of Applied History. *International Public History*, 5(1), 29-41. <https://doi.org/10.1515/iph-2022-2038>
- Domínguez, Wendi Lisbet. (2013). Historia ambiental aplicada al desarrollo de proyectos geoturísticos en el oasis de Los Comondú, B.C.S., México. *Historia Ambiental Latinoamericana y Caribeña*, 3(1), 69-88. <https://www.halacsolcha.org/index.php/halac/article/view/169>
- Dorce, Carlos. (2019). Evaluación del impacto que tiene la implementación de actividades relacionadas con la historia de las matemáticas en el proceso de enseñanza-aprendizaje del alumnado. *Educación Matemática*, 31(3), 237-262. <https://www.revista-educacion-matematica.org.mx/revista/2022/09/14/vol31-3-10/>
- Duarte, Regina. (2009). História e biologia: diálogos possíveis, distâncias necessárias. *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 16(4), 927-940. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=386138046005>
- Echeverría, Javier. (2003). *La revolución tecnocientífica*. Fondo de Cultura Económica.
- Eitzel, Melissa Viola; Cappadonna, Jessica L.; Santos-Lang, Chris; Duerr, Ruth Ellen; Virapongse, Arika; West, Sarah Elizabeth; Kyba, Christopher Conrad Maximillian; Bowser, Anne; Cooper, Caren Beth; Sforzi, Andrea; Metcalfe, Anya Nova; Harris, Edward S.; Thiel, Martin; Haklay, Mordechai; Ponciano, Lesandro; Roche, Joseph; Ceccaroni, Luigi; Shilling, Fraser Mark; Dörler, Daniel; Heigl, Florian; Kiessling, Tim; Davis, Brittany Y. y Jiang, Qijun. (2017). Citizen Science Terminology Matters: Exploring Key Terms. *Citizen Science: Theory and Practice*, 2(1), 1-20. <https://doi.org/10.5334/cstp.96>
- Escobar, Henry J. (2018). La racionalidad instrumental como génesis de la conciencia tecnocrática. *Revista Lumen Gentium*, 2(2), 52-66. <https://doi.org/10.52525/lg.v2n2a5>
- Feyerabend, Karl Paul. (2007). *Tratado contra el método*. Tecnos.
- Finquelievich, Susana y Fischnaller, Celina. (2014). Ciencia ciudadana en la Sociedad de la Información: nuevas tendencias a nivel mundial. *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad*, 9(27), 11-31. <https://ojs.revistacts.net/index.php/CTS/issue/view/37>
- Flexner, Abraham. (2020). La utilidad de los conocimientos inútiles. *Revista de Economía Institucional*, 22(42), 49-63. <https://doi.org/10.18601/01245996.v22n42.03>
- Florescano, Enrique. (2005). De la memoria del poder a la historia como explicación. En Carlos Pereyra, Luis Villoro, Luis González, José Joaquín Blanco, Enrique Florescano, Arnaldo

- Córdova, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Adolfo Gilly y Guillermo Bonfil Batalla, *Historia ¿para qué?* (pp. 91-128). Siglo XXI Editores.
- Foucault, Michel. (1998). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Siglo XXI Editores.
- Funtowicz, Silvio y Ravetz, Jerome R. (2000). *La ciencia posnormal. Ciencia con la gente*. Icaria editorial.
- Gaddis, John Lewis (2006). *El paisaje de la historia. Cómo los historiadores representan el pasado*. Anagrama.
- Galbán Rodríguez, Ernesto. (2013). La revisión editorial por pares: roles y procesos. *Revista Cubana de Información en Ciencias de la Salud*, 24(2), 160-175. http://scielo.sld.cu/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2307-21132013000200006&lng=es&tlng=es
- Gallegos, Osbaldo Amauri. (2018). Pierre Bourdieu, entre la autonomía y el compromiso. *Sincronía*, (74), 3-13. <https://www.redalyc.org/journal/5138/513855742001/html/>
- García, Pedro R. (2014). Transciencia. *Revista de Occidente*, (400), 65-75. <https://ortegaygasset.edu/wp-content/uploads/2018/05/Transciencia.pdf>
- García, Rolando. (2011). Interdisciplinariedad y sistemas complejos. *Revista Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales*, 1(1), 66-101. <https://relmecs.fahce.unlp.edu.ar/article/view/v01n01a04>
- Ghiso, Alfredo. (2000). *Potenciando la diversidad. (Diálogo de saberes, una práctica hermenéutica colectiva)*. [Archivo PDF]. https://corporacionparaeldesarrolloreional.org/wp-content/uploads/2023/02/potenciando_diversidad.pdf
- Giesecke, Margarita. (1999). Cultura de paz y enseñanza de historia. En Adrián Bonilla (ed.), *Horizontes de la negociación y el conflicto* (pp. 303-315). FLACSO. https://www.flacso.edu.ec/portal/files/docs/ecuaperu_giesecke.pdf
- Gilly, Adolfo. (2005). La historia como crítica o como discurso del poder. En Carlos Pereyra, Luis Villoro, Luis González, José Joaquín Blanco, Enrique Florescano, Arnaldo Córdova, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Adolfo Gilly y Guillermo Bonfil Batalla, *Historia ¿para qué?* (pp. 195-226). Siglo XXI Editores.
- González, Viveka Alexandra. (2023). Para, sobre y por quién hacer historia. En Veremundo Carrillo, Víctor Iván Gutiérrez y Miguel Ángel Ramírez (coords.), *Historia ¿para quién?* (pp. 23-29). Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- González de Molina, Manuel. (2023). Veinte Años de la Fundación de la Solcha: Mucho que Celebrar. *Historia Ambiental, Latinoamericana y Caribeña*, 13(Ed. Sup.), 28-33. <https://doi.org/10.32991/2237-2717.2023v13iEd.Sup>
- González de Molina, Manuel. (2012). Argumentos ambientales para la renovación de la Historia

- Agraria. *Vínculos de Historia*, (1), 95-114. <https://www.vinculosdehistoria.com/index.php/vinculos/article/viewFile/7>
- González y González, Luis. (1998). *Difusión de la historia*. Editorial Clío.
- Guldi, Jo y Armitage, David. (2014). *The History Manifesto*. Cambridge University Press.
- Hardy, Godfrey Harold. (2017). *Apología de un matemático*. Capitán Swing Libros.
- Hart, John Fraser. (1982). Presidential Address: The Highest Form of the Geographer's Art. *Annals of the Association of American Geographers*, 72(1), 1-29. <http://www.jstor.org/stable/2563222>
- Hobsbawm, Eric. (2000). Introduction: Inventing Traditions. En Eric Hobsbawm y Terence Ranger (eds.), *The Invention of Tradition* (pp. 1-14). Cambridge University Press.
- Hobsbawm, Eric. (1998). *Sobre la historia*. Editorial Crítica.
- Imaz, Mariana. (2023). Historia como rescate de la diversidad. En Veremundo Carrillo, Víctor Iván Gutiérrez y Miguel Ángel Ramírez (coords.), *Historia ¿para quién?* (pp. 63-71). Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Jiménez-Buedo, María y Ramos, Irene. (2009). ¿Más allá de la ciencia académica?: modo 2, ciencia posacadémica y ciencia posnormal. *Arbor*, 185(738), 721-737. <https://doi.org/10.3989/arbor.2009.738n1048>
- Kleinberg, Ethan; Scott, Joan Wallach y Wilder, Gary. (2018). *Theses on Theory and History*. <https://historyandtheory.org/theoryrevolt>
- Knorr-Cetina, Karin D. (1996). ¿Comunidades científicas o arenas transepistémicas de investigación? Una crítica de los modelos cuasi-económicos de la ciencia. *Redes*, 7(3), 129-160. Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes. <https://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/671>
- Kozel, Andrés. (2010). *Leer historia, ¿para qué? Mito y tragedia en la cultura histórica latinoamericana*. *Casa del tiempo*, (28), 71-80. <https://biblat.unam.mx/es/revista/casa-del-tiempo/articulo/leer-historia-para-que-mito-y-tragedia-en-la-cultura-historica-latinoamericana>
- Krakauer, David C. (2011). Transcience. Disciplines and the Advance of Plenary Knowledge. *Bulletin of the Santa Fe Institute*, 25, 0-2. http://www.intelros.ru/pdf/SFI_Bulletin/2011_25/1.pdf
- Kreimer, Pablo. (2023). Ciencias duras, ciencias blandas y CTS. Un "menage à trois" conflictivo. En Fernando Herrera, Pablo Kreimer, Andrés Gómez y María Elena Cruz (eds.), *Ingenieros y otros profesionales técnicos. Aporte de las ciencias sociales y las humanidades en su formación* (pp. 23-58). Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Kuhn, Thomas S. (2013). *La estructura de las revoluciones científicas*. Fondo de Cultura Económica.
- Le Goff, Jacques. (2005). *Pensar la historia. Modernidad, presente, progreso*. Ediciones Paidós Ibérica.

- Leal, Claudia. (2022). ¿Para qué y para quién hacemos historia? Confesiones en torno a la historia pública. En Pedro S. Urquijo, Adi E. Lazos y Karine Lefebvre (coords.), *Historia ambiental de América Latina. Enfoques, procedimientos y cotidianidades* (pp. 594-608). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Leff, Enrique. (2004). Racionalidad ambiental y diálogo de saberes: significancia y sentido en la construcción de un futuro sustentable. *Polis*, 2(7), 1-27. <https://www.redalyc.org/pdf/305/30500705.pdf>
- Lugo, Mauricio. (2002). Saber y poder: una relación compleja. *La Lámpara de Diógenes*, 3(6), 21-30. <https://www.redalyc.org/pdf/844/84430602.pdf>
- Luna-Nemecio, Josemanuel. (25 de mayo de 2023). Webinario ¿Cómo plantear un proyecto para la incidencia social? [Discurso principal]. Centro de Formación y Capacitación a Distancia.
- Maestro, Pilar. (2003). El modelo de las historias generales y la enseñanza de la historia: límites y alternativas. En Juan José Carreras y Carlos Forcadell (eds.), *Usos públicos de la historia: ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002)* (pp. 173-221). Universidad de Zaragoza / Marcial Pons.
- Marx, Carlos. (1976). Tesis sobre Feuerbach. *Cuadernos Políticos*, (10).
- Matute, Álvaro. (1999). Historia política. En Juan A. Ortega, Luis González y González, Enrique Florescano, Miguel León-Portilla, Silvio Zavala, Álvaro Matute, Horacio Crespo, Sergio Ortega, Carlos Marichal, Josefina Muriel y Carlos Martínez, *El historiador frente a la historia. Corrientes historiográficas actuales* (2a ed.) (pp. 75-85). Universidad Nacional Autónoma de México, Recuperado de https://historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/279a/279a_05_06_%20historia_politica.pdf
- Mayer, Benjamín E. (1998). Perdurabilidad de la historia en Jacques Derrida. En Gisela von Wobeser (coord.), *Cincuenta años de investigación histórica en México* (pp. 59-67). Universidad Nacional Autónoma de México / Universidad de Guanajuato.
- Mejía, Marco Raúl. (2015). Diálogo-confrontación de saberes y negociación cultural. Ejes de las pedagogías de la educación popular: Una construcción desde el sur. *Pedagogía y Saberes*, (43), 37-48. <https://doi.org/10.17227/01212494.43pys37.48>
- Méndez, Fabiola y Mendoza, Damián. (19 de marzo de 2021). Hay que crear ciencia con incidencia social. *Global Revista*. https://unamglobal.unam.mx/global_revista/hay-que-crear-ciencia-con-incidencia-social/
- Merçon, Juliana; Camou-Guerrero, Andrés; Núñez, Cristina y Escalona, Miguel Ángel. (2014). ¿Diálogo de saberes? La investigación acción participativa va más allá de lo que sabemos. *Decisio*, (38), 29-33. <https://decisio.crefal.org/no-38/>

- Monsiváis, Carlos. (2005). La pasión de la historia. En Carlos Pereyra, Luis Villoro, Luis González, José Joaquín Blanco, Enrique Florescano, Arnaldo Córdova, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Adolfo Gilly y Guillermo Bonfil Batalla, *Historia ¿para qué?* (pp. 169-194). Siglo XXI Editores.
- Montanari, María Rosa. (2013). Verdad, objetividad y neutralidad: ¿ilusiones del conocimiento científico? *Redes*, 1(5), 45-55. <https://revistas.udelas.ac.pa/index.php/redes/article/view/50>
- Morales-Jasso, Gerardo. (2015). El discutible carácter de las formas de hacer historia: ¿ciencias o humanidades? Una propuesta no dualista. *Legajos. Boletín del Archivo General de la Nación*, 8(5), 47-70.
- Morales-Jasso, Gerardo; Morales-Aguilar, Gabriela y Bañuelos-Aquino, Víctor Manuel. (2023). Oportunidades para las ciencias sociales y las humanidades en tiempos de crisis. *Revista Sarance*, (51), 40-65. <https://doi.org/10.51306/ioasarance.051.03>
- Morales-Jasso, Gerardo; Rodríguez, Abel y Saury, Cynthia Ileana. (2021). Clasificación de las ciencias y otras áreas del conocimiento, una problematización. *IE Revista de Investigación Educativa de la REDIECH*, 12, e1354. https://doi.org/10.33010/ie_rie_rediech.v12i0.1354
- Moreno, Hugo César. (2006). Bourdieu, Foucault y el poder. *Iberoforum*, 1(2), 1-14. <https://www.uv.mx/tipmal/files/2016/09/BOURDIEU-FOUCAULT-Y-PODER.pdf>
- Moreno, Roberto. (1995). La historia y la biología. En Gisela von Wobeser (coord.). *Reflexiones sobre el oficio de historiador*, (pp. 99-108). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Moro, Óscar. (2003). ¿Qué es un dispositivo? *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (6), 29-46. <https://doi.org/10.5944/empiria.6.2003.933>
- Neira, Amparo; Garzón, Héctor Giovani; Bastidas, Luz Esmeralda y Villalobos, Sandra Janet. (2017). *Lola Cendales González: su aporte a la educación en Colombia*. [Tesis de Maestría, Universidad de la Salle]. <https://hdl.handle.net/20.500.14625/20095>
- Nietzsche, Friedrich. (2000). *Sobre la utilidad y los perjuicios de la historia para la vida*. Editorial EDAF.
- Núñez, Leticia; Américo, Fernanda; Arias, Johanna y Thevenet, Georgina. (2017). Experiencias de formación en extensión universitaria. Aportes y desafíos institucionales. *Revista de Extensión Universitaria*, (7), 234-243. <https://doi.org/10.14409/extension.v7i7.Ene-dic>
- Olivé, León. (2007). *La ciencia y la tecnología en la sociedad del conocimiento. Ética, política y epistemología*. Fondo de Cultura Económica.
- Ortega, Aureliano. (2004). *Contribuciones a la crítica de la razón histórica*. Universidad de Guanajuato.
- Ortiz, Alexander. (2017). ¿Objetividad en las ciencias humanas y sociales? Una reflexión desde la obra de Humberto Maturana. *Revista de Ciencias Sociales*, 23(3), 63-75. <https://produccion-cientificaluz.org/index.php/racs/article/view/25130>

- Palacio, Germán. (2005). Historia tropical: a reconsiderar las nociones de espacio, tiempo y ciencia. *Tareas*, (120), 29-66. https://salacela.net/es/wp-content/uploads/2019/04/120_b.pdf
- Pappe, Silvia y Luna, María Leonila. (2001). *Historiografía crítica. Una reflexión teórica*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Pereyra, Carlos. (2005). Historia ¿para qué? En Carlos Pereyra, Luis Villoro, Luis González, José Joaquín Blanco, Enrique Florescano, Arnaldo Córdova, Héctor Aguilar Camín, Carlos Monsiváis, Adolfo Gilly y Guillermo Bonfil Batalla, *Historia ¿para qué?* (pp. 9-32). Siglo XXI Editores.
- Picado, Wilson. (2013). El juego académico y la historia aplicada. *Revista de Historia*, (67), 203-220. <https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/historia/article/view/5263>
- Picado, Wilson. (2010). Sustentabilidad de la insustentabilidad. La historia y el desarrollo sustentable. *Revista de Ciencias Ambientales*, 39(1), 26-36. <https://doi.org/10.15359/rca.39-1.4>
- Piso, Zachary y Pâslaru, Viorel. (2021). Introduction to values and pluralism in the environmental sciences: From inferences to institutions. *Studies in History and Philosophy of Science*, 90, 140-141. <https://doi.org/10.1016/j.shpsa.2021.09.011>
- Pozzi, Pablo A. (2007). Eric Hobsbawm: historia social e historia militante. *Espaço Plural*, 8(16), 9-17. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=445944358002>
- Prats, Joaquín y Santacana, Juan. (2011). ¿Por qué y para qué enseñar historia? En Joaquín Prats, Juan Santacana, Laura H. Lima, Ma. del Carmen Acevedo, Mario Carretero, Pedro Miralles y Verónica Arista, *Enseñanza y aprendizaje de la Historia en la Educación Básica* (pp. 21-71). Secretaría de Educación Pública.
- Rendón, Roberto; Roldán, Elizabeth; Hernández, Belén y Cadena, Pedro. (2015). Los procesos de extensión rural en México. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 6(1), 151-161. <https://doi.org/10.29312/remexca.v6i1.746>
- Romero-Sierra, Kebby y Muñoz-Barón, Rafael. (2019). Límites entre la memoria y la historia para construir una cátedra por la paz. *Quaestiones Disputatae*, 12(25), 88-110. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=7984237>
- Rouso, Henry. (1984). L'histoire appliquée ou les historiens thaumaturges. *Vingtième Siècle, Revue d'Histoire*, (1), 105-122. <https://doi.org/10.3406/xxs.1984.1771>
- Rüsen, Jörn. (2014). *Tiempo en ruptura*. Universidad Autónoma Metropolitana.
- Said, Edward W. (2000). Scholarship and Commitment: Introduction. *Profession*, 6-11. <http://www.jstor.org/stable/25595697>
- Salazar, Julia. (2022). *¿Por qué enseñar historia a los jóvenes? Una reflexión sobre el sentido de la historia en la formación de las identidades en el México globalizado*. Universidad Pedagógica Nacional.

- Sanders, Karen. (1997). *Nación y tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana, 1885-1930*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú – Instituto Riva-Agüero / Fondo de Cultura Económica.
- Santiago, Rosana. (2020). Trabajo colaborativo para la formación docente en educación media superior. En César Darío Fonseca, Luz Marina Ibarra y Rosana Santiago (coords.), *El trabajo colaborativo docente en la educación media superior* (pp. 63-88). Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Santibáñez, Cristian. (2008). Ciencia, inconmensurabilidad y reglas: Crítica a Thomas Kuhn. *Revista de Filosofía*, 25(58), 41-78. <https://mail.produccioncientificaluz.org/index.php/filosofia/article/view/18152>
- Solbes, Jordi y Traver, Manel Josep. (1996). La utilización de la historia de las ciencias en la enseñanza de la física y la química. *Enseñanza de las Ciencias*, 14(1), 103-112. <https://doi.org/10.5565/rev/ensciencias.4244>
- Soulé, Michael E. y Press, Daniel. (1998). Education: What is environmental studies? *BioScience*, 48(5), 397-405. <https://doi.org/10.2307/1313379>
- Stearns, Peter N. y Tarr, Joel A. (1981). Applied History: A New-Old Departure. *The History Teacher*, 14(4), 517-531. <https://doi.org/10.2307/493687>
- Tenorio, Mauricio. (1998). *Laisons dangereuses: Memoria y olvido historiográfico, México-Estados Unidos*. En Gisela von Wobeser (coord.), *Cincuenta años de investigación histórica en México* (pp. 31-43). Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas / Universidad de Guanajuato.
- Vásquez, Margarita. (2023). El lugar de la disciplina histórica en el contexto actual. Polifonía de una trayectoria y sus desafíos. En Veremundo Carrillo, Víctor Iván Gutiérrez y Miguel Ángel Ramírez (coords.), *Historia ¿para quién?* (pp. 31-39). Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.
- Vidal, Myriam. (2019). Incidencia de la ciencia en la política, un puente de comunicación. *Forum. Noticias del Foro Consultivo*, (44). https://www.foroconsultivo.org.mx/forum/2019_enero/
- Vilar, Pierre. (1992). *Pensar la historia*. Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Villa, Anelí. (2023). Las políticas de memoria en la Argentina durante los gobiernos kirchneristas. *BIOLEX*, 15(26), 1-33. <https://doi.org/10.36796/biolex.v15i26.350>
- Walsh, William Henry. (1990). *Introducción a la filosofía de la historia*. Siglo XXI Editores.
- Weinberg, Alvin M. (1972). Science and trans-science. *Minerva*, 10(2), 209-222. <https://doi.org/10.1007/BF01682418>
- Zarrilli, Adrián Gustavo. (2023). Veinte años no es nada. *Historia Ambiental, Latinoamericana y Caribeña*, 13(Ed. Sup.), 57-59. <https://doi.org/10.32991/2237-2717.2023v13iEd.Sup>

Zermeño, Guillermo. (2023). La metáfora de la historia como tribunal de justicia y su crítica: el caso de Edmundo O'Gorman. En Miguel Ángel Hernández (coord.), *Relaciones con el tiempo. Estudios sobre la temporalidad en disciplinas histórico-sociales* (pp. 55-100). Universidad de Guanajuato.